

Mas no toda la tradición española es de intransigencia religiosa. Momentos ha habido en que en la Península, durante nuestra gloriosa Edad Media, convivían con amplia tolerancia cristianos, musulmanes y judíos. Rey de las tres religiones, «Señor de las tres leyes», llamábase con orgullo Alfonso VII, el emperador castellano. En más de una ocasión, la rudeza de los cristianos se educaba con el arte exquisito de los árabes y solicitaba en la cámara de los reyes el consejo de los sabios hebreos.

Honor y grandeza de España fueron, ciertamente, los musulmanes como Averroes y los judíos como Maimónides; hermanos nuestros, de quienes no podemos ni queremos renegar; compatriotas insignes por la libertad del pensamiento y la profundidad del saber. Debemos recordar con patriótica complacencia que en España ha habido, junto a la cultura cristiana—, menores quizá, pero no inferiores—, una cultura musulmana y una cultura israelita. ¿Y cuándo fué, indiscutiblemente, España, por su civilización, el primer pueblo del mundo? Lo fué en los siglos IX y X, con los árabes del Califato.

La expulsión de judíos y de moros, gran crueldad histórica, estableció en nuestra patria ese tipo de unidad mental que halaga a la peor tendencia del espíritu castizo: la unidad que nace, no de la fecunda armonía y rica diversidad de las creencias contrapuestas, sino de la ciega exclusión de todo libre disentir y todo ajeno pensar. Los islamitas desterrados que, en las costas de Marruecos, recuerdan todavía nuestra común historia, labrada en los arcos de la Mezquita y en los patios de la Alhambra, tienen derecho a esperar que, al cabo de los siglos, sea una España más tolerante la que aspira a ejercer sobre ellos la misión del Protectorado. Y los judíos de Oriente, tras de un doble destierro, se vuelven aún hacia nuestras playas con la añoranza melancólica de su habla vieja castellana. «¡Perdimos la santa Sión! —¡Perdimos también España—, la tierra de consolación!»

* *

Ese violento afán de unidad, de uniformidad espiritual, que no tanto brota de las convicciones profundas como de las mentes débiles y angostas, nos costó desangrarnos en Europa durante los siglos XVI y XVII. Transportado de lo religioso a lo político, ese mismo afán unitarista, uniformista, nos hizo perder en el siglo XIX el imperio colonial de América. Hora es ya de que sanemos de esta secular propensión, torpe de la instintiva repugnancia con que, dentro de una tribu, se miraba al hombre de la tribu vecina, que vestía de otro modo, ha-

blaba otro lenguaje y adoraba a otros dioses.

Este mismo unitarismo confesional ahogó, en nuestro siglo XVI, bajo las cenizas de las hogueras del Santo Oficio, la obra de los disidentes españoles que, en Sevilla, en Valladolid, por ejemplo, atraía a algunos de los espíritus más selectos de la época, en relación con el movimiento general de Europa. Olvidamos que las disidencias son fecundas. *Opportet haereses esse*. Si España hubiera pasado por la Reforma, no sería en general, protestante, como no lo son Francia o Italia; pero el propio catolicismo español tendría aquel sentido más abierto, razonable y tolerante que tiene la religión en los demás países europeos.

Con el odio con que antaño miraba a los disidentes, ha mirado hogaño el vulgo gregario, lo mismo a los evangélicos que a los librepensadores, krausistas, almas independientes, cristianos no confesionales. Entre esos hombres, sin embargo, estaban Sanz del Río, Fernando de Castro, Giner de los Ríos, Salmerón, Pi y Margall, Azcárate, Calderón..., algunos de los más grandes españoles contemporáneos y algunas de las conciencias más puras, libres y hondamente religiosas. Y, no obstante, si en vida se les hubiera podido todavía llevar a la hoguera en la Plaza Mayor!...

No olvidemos, si hablamos en nombre de toda la nación, que existe esta España del cementerio civil, en el que tantos patricios ilustres reposan en la divina paz, como existe la España de los católicos camposantos, donde duermen también en la paz del Señor otros hijos no menos preclaros de nuestra raza y de nuestro hogar. Todos son igualmente españoles. A todos les acogió la tierra, y «toda tierra es sagrada». Dios es Padre de todos los hombres; lo mismo de los que oraron en el templo de Jerusalén que de los que adoraron sobre el monte de Sincar; lo mismo del judío ortodoxo, observador de la Ley, que del samaritano herético, pero humano y caritativo, del que habla con encomio el Evangelio. Hay lugar para todos los que sirven al Espíritu y a la Verdad. «No se turbe vuestro corazón», decía Jesús. «En la casa de mi Padre hay muchas moradas...»

¡Qué las haya también en esta nuestra casa paterna de España, moradas iguales en dignidad y en libertad, para todos los hijos de este suelo, que, con unas u otras creencias, buscan con recta voluntad el bien público, aman la justicia y comparten los comunes dolores y las comunes esperanzas!

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Imitación de Gracián

UN río corre, manso y anchísimo, por la llanura. Cierra el horizonte—a la derecha y a la izquierda mano—una tupida selva. En el río, las espadañas gráciles, las cañaveras quebradizas crecen profusamente en las riberas y ponen una margen verde, azul verdosa, entre las aguas y la tierra. En la selva se elevan hasta el cielo de añil troncos rectos, troncos elegantemente sinuosos, por los que reptan y se agarran gruesas lianas. Sombroso follaje cubre la columnata de los troncos; acá y allá, sobre la uniformidad de la selva, se yergue, altivo, algún árbol, con su festón de verdura. El cielo está limpio de nubes. Lo cruza rauda, silencioso, de rato en rato, un pájaro de pintoresco plumaje.

En la llanada se ve un caminito que avanza desde el lejano bosque. Al llegar al medio del ancho ámbito, el caminito se parte en dos. Por cada uno de estos caminos, en esta clara y radiante mañana, avanza un viandante. El uno es blanco y sonrosado; es moreno, cobrizo, el otro. Los dos marchan lentamente, abstraídos, con la cabeza baja. Cuando están cerca del cruce de las vías, cada uno se percata

de la presencia del otro. Entonces se pinta en sus semblantes el más vivo espanto, y los dos vuelven precipitadamente las espaldas y comienzan a correr por donde habían venido. Se han alejado ya un gran trecho, y entonces se paran y tornan la cabeza para mirarse. Los dos ven que se miran y que se hallan parados. Otra vez, después de haber permanecido un instante inmóviles, comienzan a caminar lentamente, recelosos, atemorizados, hacia el cruce de los caminos.

Lo hemos dicho ya, pero lo diremos otra vez: uno de estos pobres viandantes es blanco, sonrosado; el otro es moreno, cobrizo. Llegan de nuevo, pasito a paso, casi encogidos, a la encrucijada de antes. A medida que se han ido acercando, el caminar es más despacioso. Se acercan más todavía. Se detienen. Uno a otro se miran con atención. Los semblantes de uno y otro se serenán. Se acercan todavía más. Casi van a sonreír. En el lugar donde se cruzan los caminejos se hace a manera de un enhiesto y suave cabezo. Los dos viandantes están ya en lo alto, frente a frente. En lo alto del cabezo se parecen dos piedras redon-